



30 CENTS

La novela
MUNDIAL

MADAME CENTURION

POR
JOAQUIN BELDA

RAMON
RYOL



2415651



GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

DE HUMORISMO

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.

Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.

Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono.—Etc.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS. — SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO. — BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente. 20. — MADRID

DITU

21486

T. 378654

CB 1522889

*
38
JOAQUIN BELDA

MADAME CENTURION

NOVELA

ILUSTRACIONES DE RAMON PUJOL



LA NOVELA MUNDIAL

AÑO III 28 DE JUNIO DE 1928 NUM. 120

MADRID

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

- Los nietos de Icaro* (segunda edición).
El amigo Chirel (segunda edición).
La revolución de Leño, premiada por la Real Academia Española (quinta edición).
El vellocino de plata (quinta edición).
La noche mil y dos (segunda edición).
El pecado de San Jesusito, premiada por el Círculo de Bellas Artes (tercera edición).
Cárcel de seda.
El tributo de las siete doncellas.
La sirena rubia.

—La calle está ahí mismo; llegará usted en seguida.

Hacia media hora que Jerónimo Multedo venía oyendo esta frase; se la habían repetido en diversos tonos todos los vecinos del barrio, a los que se había dirigido preguntándoles por la calle de *Pedro Randón*.

—No hay más que torcer a la derecha.

Y Jerónimo llevaba treinta minutos torciendo a la derecha; por lo visto, había torcido demasiado.

Pero, ¿dónde diantres viviría aquella mujer? Porque se trataba de una mujer; el lector lo habrá adivinado. Cuando un ciudadano busca con tanto empeño una calle determinada, ya se sabe: en esa calle hay una hembra o una casa de préstamos.

El amigo Multedo buscaba a una dama, a la que no había visto hacía treinta y cinco años; en esos cuatrocientos veinte meses, a Jerónimo le habían ocurrido muchas cosas, y es de suponer que a la señora le habrían salido unas cuantas canas y se le



RAMON
/\
D'YOL

habrían grabado unas cuantas arrugas. El hombre lo sabía y no se hacía ilusiones respecto a lo que se iba a encontrar... si por fin lo encontraba.

Porque la tal calle de *Pedro Randón* parecía haber desaparecido del plano; Jerónimo estaba en la esquina de una avenida, que era prolongación de la principal de la ciudad, o sea la de la Victoria; ésta, espina dorsal de Niza, cambiaba de nombre apenas pasado el puente del ferrocarril, y en uno de los varios que sucesivamente iba tomando hasta salir al campo, había un terreno casi descampado, a cuya izquierda salían varios proyectos de calle.

Hasta ahora no eran más que eso, proyectos: las aceras, más que trazadas, estaban indicadas, y el arroyo, aún de tierra virgen, era un lodazal en los días de lluvia y una senda polvorienta en las jornadas secas. Dos o tres casas, a las que acababan de quitar el andamiaje, se alzaban en cada una de las calles.

Multeó leyó los letreros de estas últimas: ninguna de ellas era la que él buscaba. Y de pronto le invadió un gran desaliento: era cosa de renunciar a la empresa; confiarse en brazos del Destino, que seguramente, cuando menos la buscase, le pondría en presencia de aquella persona, en el *hall* del Casino Municipal o al volver cualquier esquina ciudadana.

Con ese último esfuerzo que se hace a veces cuando ya se va a abandonar una pista, Jerónimo preguntó a un ciudadano que pasaba en aquel momento por delante de sus narices:

—La calle de *Pedro Randón*, ¿me hace el favor?

Claro que estaba decidido a, si el otro le contestaba “No tiene más que torcer a la derecha”, no hacerle caso y volverse al centro de Niza, que no debía estar aburrido a aquella hora del aperitivo vespertino.

Pero el interrogado se le quedó mirando, con cierto aire zumbón, y, en vez de contestar a la pregunta, formuló otra a su vez:

—¿Usted es extranjero? ¿Verdad?

—Sí, señor.

—Ya se ve.

—¿En el acento, acaso?

—No, señor; en que pregunta usted por una calle, cuando está en la misma esquina de ella.

Por instinto, Multedo alzó la cabeza para leer el nombre de la calle, que poco antes había visto, pero el otro le atajó en su acción.

—No, no mire usted el nombre: esta calle ya no se llama como dice ahí; ese es el nombre antiguo, pero se lo han cambiado, y ahora se llama de *Pedro Randón*. Lo que pasa es que aun no han cambia-

do la placa. ¿Usted no sabrá quién fué Pedro Randón?

—No, señor; lo confieso...

—Yo tampoco. Ni creo que ningún vecino de Niza lo sepa; ahora ya lo único que sabemos es que el tal Perico es un señor que tiene una calle en Niza. Y esa calle es ésta en que usted se encuentra.

—¿Está usted seguro?

El otro le miró altanero y casi ofendido.

—Caballero, he nacido en el barrio y vivo en él desde hace cincuenta años.

A Jerónimo le pareció que aquel sujeto se quitaba años, porque representaba lo menos sesenta de edad... A menos que hubiera estado de viaje una década.

—Y—le insistió—ya que es usted tan amable, ¿quiere decirme cuál es la villa Teodora?

El hombre extendió un brazo y señaló, conciso, a su izquierda:

—Aquella.

Y, sin esperar a que le dieran las gracias, siguió su camino.

Jerónimo Multedo se fué por el suyo. Como ocurre muchas veces en la vida, tocaba a la realización de su empeño cuando ya casi había renunciado a él.

Poco tuvo que andar. El edificio que el buen hombre le había indicado estaba allí, a dos pasos; era

una casa de dos pisos, el primero, un poco elevado del nivel del suelo del jardín; el tamaño de éste era tan exiguo, que de haber querido tender en su perímetro ropa lavada a secar, sólo se habrían podido tender servilletas o pañuelos de las narices; las sábanas de cama y los manteles, por ejemplo, habrían rebasado el límite del muro y habrían invadido el terreno de la propiedad vecina.

El edificio mismo era pequeñito, sin pretensiones; risueño y coquetón, eso sí. Tenía aún esa frescura un poco insolente en pinturas y enlucidos de las casas recién terminadas.

Jerónimo, a la vista de aquella abreviatura, recordó la noticia, el suelto más bien—pues uno de contaduría parecía por lo estereotipado de su redacción—, que él había leído unos meses antes en la mayoría de los periódicos de París.

“La eximia artista Teodora Centurión se ha instalado ya en la suntuosa villa que se ha mandado construir en uno de los parajes más bellos de Niza, y en la cual piensa residir en lo sucesivo la mayor parte del año.”

¡Hipérbole!

Bien es verdad que si se suprimiera la hipérbole de la prosa periodística, ¡qué iba a ser de la mayor parte de los periódicos!

Pero, en fin, Jerónimo no había acudido allí para

ver la casa, sino por ver a la persona que en ella habitaba.

Allí era.

El hombre oprimió decidido el botón del timbre que había en la verja.

* * *

Supongo que el lector se habrá emocionado un poco al saber que la persona que habitaba aquella villa de Niza era Teodora Centurión.

¡Teodora Centurión!

Fallecida Sara Bernardt y desaparecida del mundo de los vivos doña Selma Lagelöff, la mujer más ilustre del mundo, era, indiscutiblemente, Teodora Centurión. Y digo era, y no digo había sido, porque la sin par Teodora, aunque retirada del teatro un año antes de la guerra europea, por efecto de una afonía que le obligaba hasta a pedir en su casa el chocolate por señas, seguía siendo una mujer de actualidad, pues ya se encargaba ella, con un toquecito oportuno de cuando en cuando, de que el público no la olvidase.

Para ello apelaba a todo. Dejando a un lado lo del robo del collar de perlas o del abrigo de pieles, que ya está un poco desacreditado, la Centurión innovaba en materia de reclamos sensacionales.

Un día se lió a bofetadas con el conductor de un taxi a la una de la tarde en plena plaza de la Opera, de París, porque el hombre se negó a cambiarle un billete de mil francos para cobrarse una carrera que importaba siete u ocho.

Y en uno de los atardeceres del verano anterior, los aduaneros que hacían el servicio de vigilancia en las costas cercanas a Calais vieron un ser humano que venía nadando hacia tierra con ciertos síntomas de desesperación; dada la señal de alarma, acudió mucha gente, y ante el asombro admirativo de toda ella, salió del mar una mujer con una indumentaria muy parecida a la de los buzos: era la Centurión, que había intentado hacer la travesía del Canal de la Mancha — empresa deportiva muy en boga por entonces—batiendo todos los records. La cosa no había pasado de un buen propósito, pues apenas sumergida en el agua desde el borde de la gasolinera que la había sacado fuera del puerto, la valerosa dama empezó a estornudar con tal estrépito que parecía que una banda de pescadores estaba pescando la sardina con dinamita, cosa terminantemente prohibida por todos los Códigos nacionales e internacionales. La nadadora apresuróse a volver a tierra para evitar que el catarro iniciado se le transformase en pulmonía.

Esta era la mujer, que, después de ser durante diez

y seis años la primera tiple dramática del mundo y haber sido reina morganática de tres naciones europeas, no se resignaba al silencio, que para ciertas personas supone un riesgo más grande que el de la misma muerte.

Un psiquiatra diría que Teodora Centurión era una paranoica con interpretaciones megalómanas muy desarrolladas. Es posible que ello fuera así, aunque en esto de la psiquiatría hay personas a las que continuamente hay que estar variándoles el diagnóstico. Lo indudable del caso era que la semana en que todos los periódicos del mundo no contaban algo de la gran Teodora, venía a ser para ésta como una semana de pasión.

Jerónimo Multedo había conocido a la Centurión de una manera singular. Como ya se ha dicho, hacía de ello treinta y cinco años. Ello quiere decir que el hombre, que tenía ahora cincuenta y uno, era entonces un mozalbete de diez y seis.

La tiple eminente, entonces en toda la fuerza de su belleza, hizo un viaje a España para cantar en el teatro Real, de Madrid, y en el Liceo, de Barcelona. El padre de Multedo, que además de ser socio del antiguo Casino de Madrid era un furibundo coleccionista de retratos firmados de celebridades mundiales—sentimos no poder ofrendar otros títulos suyos a la posteridad—, se hizo presentar a la célebre

diva en su camerino, una noche en que la Centurión cantaba la "Valentina" de "Los Hugonotes".

Aquella noche Muledo padre iba solo, pero al sábado siguiente se presentó a saludar a la artista acompañado de su hijo Jerónimo. Era esa la única noche semanal que el mozo tenía libre, pues al día siguiente, como domingo, no tenía que concurrir a las clases del Instituto del Cardenal Cisneros.

No existían entonces, felizmente, en Madrid las antipáticas funciones de tarde del teatro Real que luego se inventaron, y que con su ambiente de *soirées* de Cachupín tanto han contribuído al desprestigio del que fué en tiempos el primer teatro lírico de España y uno de los más famosos del mundo en el campo de la ópera.

Por eso, los niños aplicados que habían de recibir de los autores de sus días el premio de una velada semanal en el Real tenían que acudir a él, como las brujas al aquelarre, en la noche del sábado.

Tal era el caso de Jerónimo. Vestido como un príncipe heredero, con un smoking que le llegaba exactamente por la región renal, el mancebo penetró en el cuarto de la artista—que aquella noche era la protagonista de "La Gioconda"—de la mano de su padre. La Centurión estaba bella como un primero de mes; en realidad, para el pollo Muledo, que en

esto estaba un poco atrasado, fué aquella la primera revelación de la belleza femenina integral.

Quedó admirado y prendado, pero su emoción, contra lo que suelen afirmar algunos escritores del grupo de los sensuales, fué una emoción más bien espiritual que fisiológica.

La tiple, que estaba de muy buen humor porque el público había silbado estrepitosamente al tenor en la romanza "Celo e mar", acogió al muchacho como si el mismo Padre Celestial se lo hubiera enviado.

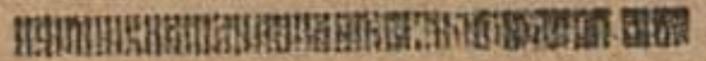
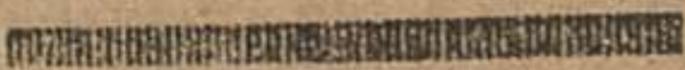
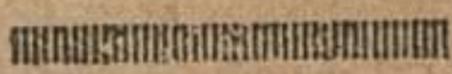
—¡Uy! Pero ¡qué muchacho más guapo! ¡Vaya cosas que se tenía usted guardadas en casa, señor Multedo!

Y el joven, más colorado que un sabañón en su segundo período, hubo de aguantar el par de besos que la artista le propinó: uno en cada mejilla.

Claro es que después de ellos sus mejillas estaban aún más coloradas: el colorete de los labios de la hermosa había impreso dos rodajitas de sobreasada diminuta en los carrillos del infante.

Aqueños ósculos revolucionaren la vida del mancebo. La Centurión empezó a llamarle desde aquella noche *su novio*, y así siguió llamándole hasta que se acabó la temporada.

El joven estaba que no sabía lo que le ocurría. Aquella mujer le había fascinado. Volvió a verla varias veces, y aunque en la mayoría de ellas no le



hacía gran caso, preocupada en recibir el homenaje de otros moscones, siempre le decía alguna frase que ayudaba a mantener en el ánimo del muchacho el fuego de la adoración.

—¡Hola, mi novio pequeño!

—Pero qué guapo viene hoy mi novio.

—Tengo el novio más guapo de Madrid.

La Centurión hablaba el castellano de un modo torpe y como a tropezones; era el suyo un idioma aprendido en tierras americanas y en el seno de las *troupes* italianas, de las que tantas veces había formado parte. En honor a la verdad, las erres no se le atravesaban mucho; tal vez fuera porque había decidido suprimirlas en la mayoría de las palabras que la poseían.

Otras veces, las colocaba al azar, de un modo inesperado, como cuando le pedía al representante de la empresa un vale de dos *burtacas* para unas amigas suyas.

A Muftedo le llamaba Murtedo, y la palabra novio la pronunciaba abriendo mucho la primera o, como si no fuera a terminar nunca: noovio.

La tiple decía que había nacido en Roma; no era verdad. Su patria era Suiza. Probablemente, tampoco se llamaría Centurión de apellido; pero eso a ti y a mí, lector, debe tenernos completamente sin cuidado.

Al terminar aquel año la temporada del Real, Teodora, que cantó "Africana" en la última función del abono, se marchó de Madrid; cinco días después había de debutar en Trieste con el "Trovador" y con un tenor llamado Scardápolis—; qué broma!—, que, según buenas lenguas, era el amante preferido de la diva.

Multedo padre e hijo acudieron a la estación del Norte a despedir a la artista.

No estaban solos en el andén: a más de una Comisión de alumnas del Conservatorio, que llevaba a la maestra insigne una corona de laurel del tamaño del neumático de un camión—entonces aún no había camiones automóviles, pero se les presentía—, había un señor acompañado por dos guardias: era un comerciante de la calle de Esparteros que había vendido a la Centurión un abrigo de pieles; pero que ésta, sin duda por amnesia, no había pagado.

Hubo bronca, porque la tiple dijo, y con razón, que aquellas no eran horas de presentar facturas al cobro; pero el peletero amenazaba con no dejar partir el tren si no se le pagaba—no dijo de qué medio pensaba valerse—, y Multedo padre, acordándose del Romancero, tiró de cartera y pagó los ocho mil reales—entonces, ¡tiempos felices!, aún se contaba por reales—que valía la prenda.

Luego despacio en casa, el padre de Jerónimo hizo

sus cuentas y vió con relativa amargura que cada uno de los retratos con que la Centurión le había obsequiado le salían por seiscientas cincuenta pesetas.

Aquel episodio estropeó la despedida de la tiple y su novio: éste no pudo recibir ni siquiera una palabra de adiós. Aún iba el tren por Villalba y la Centurión seguía gritando que Madrid era una cueva de bandidos, y que a ella la habían querido robar tres veces.

Y los años pasaron.

* * *

El recuerdo de Teodora Centurión tardó mucho en borrarse de la mente del joven Multedo.

Es decir, en realidad, el recuerdo no se borró nunca; la prueba era que treinta y cinco años después estaba a la puerta de su casa de Niza esperando verla.

Lo que sí hizo la tal huella nemotécnica—(!)—fue amortiguarse, diluirse en el conjunto de otras huellas sensoriales que invadían poco a poco el campo de la conciencia, e iban poco a poco también esfumándose en el provisorio emocional del infraconsciente. —“Señor profesor: la hora.”

De cuando en cuando, caía en las manos de Jerónimo un retrato de su adorada publicado en cual-

quier periódico o revista. ¡Qué bella estaba siempre! El hombre recortaba la imagen y la unía a su colección. Como la tiple abusaba mucho del retrato, los archivos de Multedo hijo viéronse muy pronto casi tan poblados como el de Simancas.

Un día, Multedo padre recibió una carta. Traía un sello extraño, algo así como de Australia o del archipiélago de la Sonda; era de la Centurión y venía fechada en una ciudad misteriosa; al menos, los conocimientos geográficos de Multedo padre y Multedo hijo reunidos no sirvieron para ubicarla en el planeta.

La carta, escrita en tres idiomas distintos, a vocablos alternos—el castellano, el italiano y el francés—, era un recuerdo cariñoso para sus amiguitos de Madrid, en quienes no había dejado de pensar nunca..., decía ella. Por eso, sin duda, había tardado varios años en escribirles.

Pero aquella carta traía una postdata, y esa postdata estuvo a punto de costar la vida a Multedo hijo. Decía así: “Para mi novio *di io penso* que *dejá* será un hombre, mil *baises* en el rostro.”

Multedo hijo no murió porque nadie se muere hasta que los médicos no quieren; pero aquellas líneas crueles renovaron la llama de una pasión que ya iba pasando a la segunda reserva.

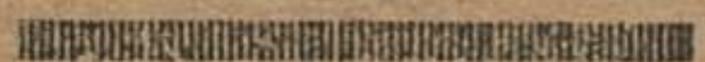
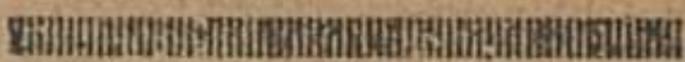
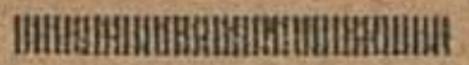
El que murió unos meses después fué Multedo

padre. Su muerte fué casi repentina y consecuencia de un disgusto. La Audiencia de Madrid condenó a tres penas de muerte—los Tribunales gastan, a veces, estas bromas—a un sujeto, antiguo socio del Ateneo, que había matado a sus tres hermanas sumergiéndolas hasta la asfixia en un bañe de cerveza, porque las pobres chicas se negaban a tomar baños de sol en la acera del Banco de España, a la salida de la gente de los toros.

El criminal era un tipo muy interesante. Pocos días antes de morir hizo en la cárcel unas declaraciones políticas que causaron gran sensación en los pasillos del Congreso y en los bares de la calle de la Visitación. Un periódico de la noche publicó unos versos recitados ante los repórters de sucesos por el asesino el día en que se le notificó que el Supremo había confirmado la sentencia y dedicados al fiscal de S. M. La poesía, que era una imitación de San Francisco de Asís, provocaba el llanto en cuantos la leían.

Multedo padre no tuvo más que una idea por aquellos días: era preciso, a toda costa, obtener un retrato de aquel hombre, dedicado y firmado. El tal asesino ¿no tenía un temperamento de artista? ¿Y no era Multedo padre el primer coleccionista en todo el reino de retratos autografiados de artistas?

El hombre se fué a ver al abogado defensor, el



cual, desde el día de la condena triple de su cliente, no hacía más que recibir felicitaciones, sin duda porque la sentencia no había sido de seis penas de muerte en vez de tres. El coleccionista expuso su pretensión a la lumbrera del Foro, y la lumbrera, persona bastante complaciente, puso una cara muy extraña y dolorida.

—¿De modo que lo que usted desea es un retrato de ese pobre hombre, con su dedicatoria y firma al pie?

—Exactamente. Y le aseguro que será esa la joya más preciada de mi colección.

—¡Caramba! ¡Caramba!—comentaba el otro, como quien no se decide a dar una mala noticia.

—Confío en usted para...

—Dígame, y ¿no le bastaría con el retrato? Porque eso sí podría arreglarse fácilmente.

—En mi colección no hay un solo retrato que no tenga al pie la dedicatoria y la firma.

—Pues entonces siento mucho no poderle complacer.

—Pero ¿por qué?

—Porque mi cliente no sabe leer ni escribir.

—¡Oh!

—Y, como es natural, ya no tiene tiempo de aprender: entra en capilla la semana que viene.

La contrariedad, el disgusto, adoptando la forma

de una congestión, acabó con la vida de Multedo padre. Yo, prescindiendo de escrúpulos humanitarios, me alegro de la tal defunción, pues gracias a ella, en las líneas de este relato que me faltan por trazar me veré libre de escribir *Multedo padre* y *Multedo hijo* cada vez que haya de poner el apellido. En adelante, diré Multedo a secas, y ya se sabe de quién se trata.

Digo, pues, que Multedo se quedó solo en el mundo.

Lo primero que hizo al verse en tal situación fue mudarse de casa. El destino le llevó a habitar un piso de la calle de los Caños, donde no había agua ni por casualidad, pues aunque la casa estaba ampliamente provista de grifos—había tres para cinco habitaciones—, cuando se abría uno de ellos sólo salían unas pocas gotas del precioso líquido, y en cambio era un ruido tan estruendoso el que se armaba, que Multedo apresuróse a cerrar por miedo a que se hundiera la casa.

Realizó así la paradoja, harto desagradable, de vivir a seco en la calle de los Caños. Pero la cosa no le preocupaba grandemente.

En el espacio de cinco años Multedo y todo el planeta supo que dos hombres se habían suicidado por Teodora Centurión; el primero, un alemán, que, después de haberse gastado con ella tres fortunas en

A poco de sonar el timbre de la verja de entrada abrióse una puerta de cristales en lo alto de la escalinata del edificio.

—¿Qué deseaba?

—Madame Centurión...

La persona que había preguntado era una mujer. Mejor dicho, *lo habría sido*, pues ahora ya no era más que un montón de despojos humanos. Sin decir nada cuando Muledo la interpeló, salió de la puerta y bajó muy despacio los pocos peldaños.

No cojeaba; andaba con dificultad, cosa que resultaba peor muchas veces. Vino hasta la misma verja y, deteniéndose ante Muledo, volvió a preguntar:

—¿Qué deseaba?

—¿No vive aquí la señora Centurión?

Tampoco ahora contestó en seguida; lo que hacía era mirar fijamente al que la interrogaba, como si quisiera adivinar su pensamiento. Al fin, dijo:

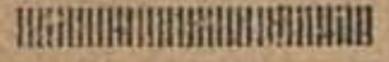
—¿Pregunta usted por la señora Centurión? Sí, señor; aquí vive. ¿Qué deseaba de ella?

—Quería verla..., visitarla...

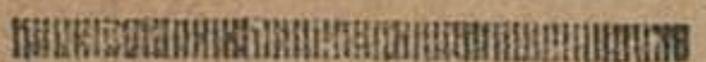
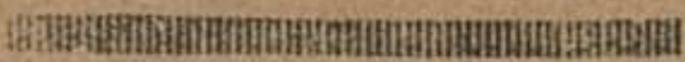
—La cuestión es que ahora no está en casa.

—Y ¿no podría decirme cuándo la podría ver?

Seguía la observación implacable. Por lo visto, la tal criada era bastante curiosa y gustaba de empaparse bien.



RAMON
BY O. L.



—¡ Ah! Eso... ¿ Usted para qué quiere verla?

—Soy un antiguo amigo suyo, hace algún tiempo que no la he visto... ¿ Cómo está? ¿ Está bien?

—¡ Oh! Ella está siempre bien.

—¡ Cuánto me alegro!... Pero me alegraría mucho más verla y poder hablar con ella.

—¡ Ya!

Hubo una pausa. Multedo esperaba que aquella mujer le diera una solución. Sin apresurarse, dijo ella, por fin:

—Haga una cosa: déjeme su nombre y su dirección aquí en Niza. Yo se la transmitiré y puede que ella le mande llamar.

—Tiene usted razón. Eso es lo mejor.

Sacó del bolsillo un lápiz y un trocito de papel y apuntó en letras muy grandes: "Jerónimo Multedo. De Madrid." Y su vivienda en Niza: una pensión de las cercanías de la plaza Grimaldi.

La mujer tomó el papel y lo leyó con avidez en voz alta. Luego tornó a mirar a Jerónimo.

—Está bien. Yo se lo daré cuando venga.

Le volvió la espalda y echó a andar hacia la casa. Multedo la dijo como despedida:

—Muchas gracias, señora, y muy buenas tardes.

—¡ Vaya usted con Dios!—replicó ella, que, de pronto, parecía haberse puesto de muy mal humor.

Jerónimo volvió al centro de Niza.

Pasaron varios días; pasó más de una semana. La Centurión no se acordaba de avisar a su visitante.

Indudablemente su nombre no decía nada a la memoria de la artista, y si algo decía no le interesaba para nada el recuerdo.

Jerónimo empezaba a desesperar; ya era su amor propio el que padecía. No creía que fuera práctico volver a casa de la gran Teodora: era exponerse a un nuevo desengaño.

Una noche fué a la Opera a oír el "Sansón y Dalila". La Opera, de Niza, es uno de los teatros más bellos del mundo. No es muy grande, no es suntuoso, pero tiene alegría, tiene luz en la sala durante los entreactos, cosa que suele faltar a la mayoría de los teatros franceses, incluidos los parisinos de primera fila.

Mútedo gustaba mucho de acudir en Niza a la Opera. El cuadro de cantantes no era como para perder la cabeza, pero se pasaba el rato y la cosa no estaba del todo mal.

El teatro estaba lleno desde primera hora; había algunas mujeres guapas, aunque pocas; pero muchas, divinamente vestidas y aihajadas. En el primer entreacto, cuando una parte del público había salido a intoxicarse en el bar o a aburrirse dando vueltas por los pasillos, oyó Mútedo que en la fila siguiente

a la suya dos sujetos hablaban en español americanizado.

—Esta Niza es famosa—decía uno de ellos—; es como un panteón de figuras ilustres de Europa entera. Sólo que en este panteón los muertos viven todavía; mejor dicho, se sobreviven.

—¿Por qué lo dice, mi amigo?—dialogó el otro.

—Fíjate no más en esa platea de la izquierda nuestra; la tercera después del proscenio.

—Ahí donde está esa morena insultante que lleva unos pendientes como dos cocos...

—¿Usted sabe quién es esa mujer?

—No.

—En cuanto le diga su nombre lo va a recordar en seguida. Es la Centurión.

—¿La célebre Teodora Centurión?

—La misma.

—¡Qué vieja está!

—Si le parece, estará hecha una pollita. Esa mujer tiene más años que la cordillera de los Andes.

Siguieron hablando los dos mozos, pero Jerónimo Multedo ya no oyó nada de su conversación. Desde hacía unos momentos no sabía lo que le pasaba; al oír el nombre de aquella mujer había notado subirle una cosa fría por la espalda, mientras las mejillas, en cambio, se le ponían ardorosas.

Con los ojos fijos, como hipnotizado, miraba a la

supone un sacrificio mucho mayor de lo que algunos se figuran.

La artista, en aquel momento, se alzó del asiento y se dispuso a salir del palco. La acompañaba en él una señora, que a todas luces lo era de compañía, de bastante más edad que ella y desde luego con todo el pelo blanco. Era una de esas eternas damas de contraste que toda mujer célebre que no se resigna a la vejez lleva consigo, como para ir diciéndole al público en los teatros y en los paseos:

—Ustedes dicen que yo ya estoy vieja; pero ya ven que a todo hay quien gane.

Jerónimo Multedo, al ver que la Centurión salía del palco, levantóse también de su butaca.

¿Por qué lo hacía? ¿Qué se proponía con ello?

Si alguien en aquel momento le hubiera formulado esas preguntas, el hombre no habría sabido qué contestar; estaba en una de esas situaciones en que nuestros actos no tienen un porqué determinado o, por lo menos, si lo tienen—hay que suponerlo—, no nos damos muy clara cuenta de él.

Ahora es moda hablar mucho del subconsciente; hasta hablan de él, y con gran desparpajo, muchos que no han tenido nunca ni siquiera conciencia. Puede que en el subconsciente de Jerónimo se formulase entonces este razonamiento:

—Si no aprovecho esta ocasión, a esta mujer es

posible que no la vuelva a ver en la vida. Está visto que ella no me llama, y la casualidad de un encuentro como el de ahora puede que no se reproduzca.

Multedo, a pesar de sus cincuenta años sonados, era un hombre tímido; y sobre lo de *a pesar*, pues está más que probado que la timidez como la audacia, nada tienen que ver con la edad; hay mozalbetes de quince años que son mucho menos tímidos que un anciano de sesenta.

Pero a Multedo le ocurría lo que le sucede a la casi totalidad de las personas tímidas: que cuando, en un momento aislado, pierden la timidez, batan el *record* de todas las audacias. El fenómeno no tiene nada de misterioso y no es paradójico más que en apariencia: es una simple cuestión de restablecimiento del equilibrio interior; las energías acumuladas producen unas explosiones terribles.

El amigo Jerónimo estaba en un momento de esos.

Salió del patio de butacas y, subiendo unas escaleritas, fué al pasillo de plateas de su izquierda. Por él avanzaba con su figura majestuosa y andando muy despacio Teodora Centurión.

Es decir, cincuenta años de la historia del arte lírico.

Jerónimo Multedo fué decidido al estudio de esa historia.

—Perdone usted, señora...

La ex tiple se paró en seco, a tiempo que componía un gesto de marcadísimo mal humor.

—¿Tengo el honor de hablar con la gran artista Teodora Centurión?

—Sí. ¿Qué hay?

Más que contestar a una pregunta amable parecía repeler una agresión.

—Yo quiero hablar con usted... Estuve el otro día en su casa, y...

—Bueno, pero ¿quién es usted?

—Multedo. Jerónimo Multedo, de Madrid... ¿No recuerda?

—No.

—Nos conocimos cuando estuvo usted en Madrid la última vez; hace treinta y cinco años.

La Centurión puso cara de ñera acorralada.

—Señor mío, usted no me ha podido conocer hace treinta y cinco años en ninguna parte, porque en esa fecha estaba yo aún en brazos de la nodriza.

Y echó a andar, dejando a Multedo con la excusa y la explicación en la boca.

Pero ahora ya iba más de prisa, como si huyese de alguien. Y claro que huía; huía de ciertas evocaciones desagradabilísimas.

Volviéndose a la señora que la acompañaba, le

dijo con indignación; pero procurando que lo oyese el interesado:

—¡Este señor debe ser algún loco!

* * *

Desde que ocurrió aquello Jerónimo Multedo estaba de un humor imposible.

Habían pasado ya cuarenta y ocho horas de la escena grotesca y el mal sabor que ella le había dejado no le desaparecía al buen Multedo.

No era el ridículo en que la Centurión le había dejado lo que punzaba su alma; la cosa no había tenido más testigo que la vieja acompañante de la ex tiple, y la opinión del carcamal tenía sin cuidado a Jerónimo.

Lo que le indignaba era la mentira feroz de aquella mujer para defender, ¡ante él!, una juventud en la que ya nadie podía creer. No había más que haber oído poco antes los comentarios de los americanos aquellos del patio de butacas.

Bien estaba que la valetudinaria cantante no recordase que había besado a Multedo en las mejillas treinta y cinco años antes, como una madre puede besar a un hijo; ese olvido vendría a confirmar la teoría de Freud, según la cual olvidamos aquellas cosas que no tenemos un gran interés en recordar.

Pero ¿es que la Centurión había olvidado también su actuación en el teatro Real de Madrid hacía treinta y cinco años?

—¡Imbécil! ¡Femeninamente imbécil!—la apostrofaba Muledo.

Debió comprender que el hombre que tan inoportunamente, por lo visto, la había recordado su pasado, no era ya tampoco un pollo..., aunque ahora ya todos lo seamos hasta después de los sesenta años.

Pero, por lo visto, la vejez, que para los hombres no es más que un pretexto para teñirse el pelo y para pagar a un precio un poco más subido ciertas liviandades amorosas, para la mujer es como una deshonra, como una gran vergüenza.

Muledo no hacía más que pensar qué haría él para sacarse aquella espina. Porque de una cosa estaba firmemente convencido: aquello no podía quedar así.

En volver a casa de la Centurión no había que pensar; no le recibiría. Y aun suponiendo que la casualidad volviese a ponérsela delante en cualquier sitio público, ¿cómo acercarse a ella? Se repetiría, agravada, la escena del pasillo de la Opera, y puede que ahora con más testigos.

¿Qué hacer?

Y de repente le brotó la idea. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Le escribiría una carta, pero una carta insultante, una misiva grotesca, que le refrescase la memoria y le hiciera desde luego pasar un mal rato.

Sería su venganza. ¡No faltaría más! ¿Para recibir aquella coza de una mula anciana había él estado durante más de treinta años acariciando el recuerdo de aquella mujer?

Como lo pensó lo hizo. Sentóse a la mesita que tenía en su cuarto a los pies de la cama y, mojando la pluma en hiel, trazó el siguiente documento, digno, como verá el lector, de ser traducido a varios idiomas:

“Señora Teodora Centurión.

Niza.

Insigne vejestorio: Debe ser cierto lo que afirman algunos de que con los años se pierde la memoria, pues usted que, en eso de la edad, puede dar lecciones a una palmera, sufre una falta tan absoluta de sentido nemotécnico que no recuerda haber cantado en el teatro Real de Madrid hace nada menos que treinta y cinco años.

¡Treinta y cinco años! ¿Qué es eso para usted, que presencié la retirada de Moscú del gran ejér-

cito de Napoleón subida a un trineo por miedo al reuma?

Me explico que no guarde recuerdo de los años de su infancia, pues hay cosas que para recordarlas tienen que estar escritas en un libro de historia; pero que no recuerde aquella noche en que mi pobre padre me llevó a su camerino del llamado regio coliseo y usted, confundiéndome sin duda con uno de sus nietos, me sopló un par de besos que me dejaron las mejillas convertidas en dos zanahorias..., eso..., ¡vamos, no le digo que se lo cuente usted a su abuela porque Dios sabe dónde estarán ya las cenizas de la pobre anciana!

Puede que tampoco se acuerde de aquel gabán de pieles que mi difunto padre pagó por usted en los andenes de la estación del Norte, para evitar que el comerciante a quien usted se lo había estafado se hiciera con su piel—con los pergaminos fisiológicos de usted—una bufanda de alpinista. ¡Qué olvidadiza!

Si usted la otra noche, al acercarme yo en el pasillo del teatro de la Opera, con la emoción con que se acerca uno al sepulcro de sus antepasados, me hubiera acogido con un poco de cordialidad, ni yo estaría escribiendo ahora esta carta, ni me dedicaría, como pienso dedicarme desde mañana mismo, a decir a todo el mundo en Niza los verdaderos años

que usted tiene, aunque para decir la suma total tenga que emplear una cantidad de varios ceros.

¿Por qué me acogió como si yo fuera a pedirle dinero? ¿Es que temió que iba a exigirle me devolviera los ocho mil reales que mi padre pagó por usted y que lógicamente usted me debe? No. Le perdono la deuda; lo que no debo perdonarle es la grosería de su conducta.

Y nada más. Me explico perfectamente el apellido que lleva. ¡Centurión! ¡Ya lo creo! Como que usted los años los cuenta por centurias y, por lo visto, piensa agotar varias de ellas.

No le digo que me pongo a sus pies, porque no acostumbro a ponerme delante de los montones de juanetes arqueológicos. Lo que sí le digo es que muy pronto, antes de lo que usted desea, tendrá usted noticias indirectas mías.

Suyo hasta el tercer centenario,

Jerónimo Multedo."

Plegó, cerró la carta, la echó a un buzón del vestíbulo del Crédit Lyonnais y se quedó tan tranquilo.

Con la misma tranquilidad con que los denunciantes anónimos de la Inquisición veneciana se quedaban después de arrojar sus denuncias en la trágica "boca del león".

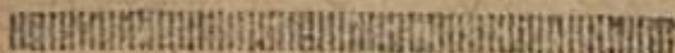
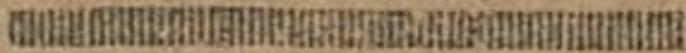
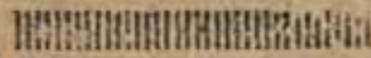
Niza es la ciudad de las plazas bellas.

Fuera de la célebre de Massena, que más que plaza es un enorme espacio abierto entre lejanas edificaciones, al estilo de la plaza de España madrileña, no tiene grandes recintos urbanos donde las calles descansen de su rectilíneo esfuerzo a través de toda la ciudad; pero tiene una buena colección de placitas o plazoletas alegres, bien cuidadas, que son como un oasis en el ajetreo de la ciudad.

La plaza Grimaldi, la de Mozart, que más que plaza parece el jardín bien cuidado de una casa particular cuyo dueño tuviese buen gusto; la de la Cruz de Mármol, que tiene decididos aires sevillanos y tantas otras.

En una de ellas, en la llamada ahora del Presidente Wilson, estaba sentado Jerónimo, tomando el sol de una radiante mañana de febrero, frente a la casa central de Correos, cuando vió salir de la puerta chafán de este edificio a una dama bien plantada, de gran aire, de ojos muy brillantes, en la que tardó poco en reconocer a Teodora Centurión.

Caso raro; vista así, al aire y a la luz de esta radiante mañana de sol, en la que eran difíciles ciertas trampas, parecía rejuvenecida, como vuelta a edades anteriores, cuando servía de original a alguno de sus retratos de mujer hermosa que habían



dado la vuelta al mundo entero, haciéndola tan célebre por su belleza como por su arte.

Con aire resuelto bajaba la escalinata del edificio, y Multedo estaba seguro de que aún no le había visto; pero venía tan decidida precisamente a pasar por delante del banco en que él se encontraba sentado, que no iba a tener más remedio que verle.

Como así fué. Sus miradas se cruzaron un momento; mientras él la miraba con risita burlona, el gesto de contrariedad de ella fué tan expresivo, que Jerónimo llegó a temer una agresión.

Pero el ataque no se produjo; el intento de él, si la ex tiple lo tuvo, se transformó muy pronto en ganas de huir; porque fué una fuga, una verdadera fuga la que emprendió, acelerando el paso, como se huye de una pesadilla o de un acreedor que nos atormenta con exigencias de obsesión.

Multedo, al verla andar con paso tan alerta, llegó a temer si no habría hecho él el ridículo al acusarla de vieja con tanta insistencia en su carta.

¿Vieja aquella gacela, que, vista de espaldas, parecía una aprendiz saliendo del taller en busca del novio? En todo caso sería la suya una vejez plagio de la Ninón de Lenclos, que en paz descanse.

No sabía por qué, Jerónimo pasó todo el día sumido en una tristeza suave. No era exactamente re-



mordimiento por haber maltratado por escrito a aquella mujer: era un sentimiento un poco más complicado. Temor de haber ido demasiado lejos, de haber exagerado la importancia de las cosas.

Al volver a su casa aquella noche se encontró con lo que menos podía esperar: una carta muy breve, muy concisa, de Teodora Centurión, en la que la antigua tiple rogaba al *caballero* Jerónimo Mulledo que pasase a verla a su casa, la tarde siguiente, a las cinco.

El primer impulso de Jerónimo fué no acudir a la cita; aquello podía ser, era, seguramente, una encerrona, una venganza femenina hábilmente preparada, y él no debía ser tan torpe como para caer en el lazo.

Pero ese fué el primer impulso nada más. Un sentimiento de curiosidad fué en él más fuerte en seguida, y de algo más también: el sentimiento de no parecer cobarde, de no parecer que huía ante una mujer, por lo mismo que la acababa de insultar.

Iría, acudiría al reto, suponiendo que aquello fuera un reto y no otra cosa; con esa firme decisión se acostó aquella noche, y el buen consejo del sueño no le hizo variar de propósito.

Al despertarse seguía decidido a trasladarse, a las cinco, a casa de Teodora Centurión.

¡Quién sabe! Acaso hablando se aclarase todo.

tro de la ciudad, Jerónimo llegó ante la verja de la villa Teodora.

Noche cerrada ya. Estaban encendidas las luces de casi todas las ventanas y balconcitos de la casa; un gran silencio reinaba en los contornos de aquel paraje, a medias urbano y a medias agreste. De pronto, de una de las villas que había en la acera de enfrente salió el sonido de un piano; Jerónimo hubiera jurado que tocaban una marcha fúnebre.

Hubo un momento—fué un segundo nada más—en que el visitante tuvo la sensación del peligro. ¿No sería una imprudencia penetrar en aquella casa? Aún era tiempo de evitar la encerrona. ¿Por qué no hacer caso de lo que podía ser una corazonada?

Para no caer en ello Jerónimo avanzó hacia la verja y oprimió el botón.

* * *

Estaba ahora entreabierta la verja de entrada.

Al abrirse la puertecita de cristales, de lo alto de la escalinata una voz bronca le dijo desde dentro de la casa:

—¿Es usted el señor Muledo? Pase, pase...

Aunque la confusa luz no dejaba al recién llegado ver la figura de la persona que le hablaba, en

la voz conoció que era la vieja a quien vió la primera vez que vino a la villa.

Cruzó el diminuto jardín y subió los cuatro o cinco escalones; tenía un poco de miedo, pero la curiosidad primaba en él sobre cualquier otro sentimiento.

—¿Viene a ver a madame Centurión?

—Sí, señora; he recibido una carta suya y...

—Ya sé, ya sé... Venga por aquí.

Un pasillo muy estrecho que doblaba en seguida en ángulo recto lo llevó a un saloncito sumamente coquetón. La vieja iba delante de él, indicándole el camino, de manera que si le agredían por la espalda, no sería en todo caso ella la autora de la agresión.

Esa circunstancia de ir ella andando delante de él impedía a Muledo ver la sonrisita burlona que animara su rostro.

—Haga el favor de esperar aquí. Madame Centurión vendrá en seguida.

Y le dejó solo en el saloncito.

Había en la casa un pronunciado olor a violetas frescas, como diluído en un suave perfume de éter. Jerónimo inspeccionó la estancia, puesta con bastante buen gusto; sobre un piano había un gran retrato de la tiple famosa, vestida con el traje de Margarita del "Fausto".

Era ella, la antigua, la soñada, la del teatro Real, la que perfumó con su recuerdo toda la juventud de Jerónimo. Pero por muy buena voluntad que se pusiera en el acomodo, ya no era la de ahora.

En la estancia, a más de la puerta del pasillo por donde Muledo había entrado, había otra de esas diminutas que llaman disimulada en el muro; pero cuyo disimulo consiste en que se descubren en seguida a poco que uno se fije. Jerónimo, por si acaso, no cometió el error de sentarse de espaldas a aquella puerta.

Esta precaución también la había aprendido en las películas y en la lectura de algunos crímenes célebres, como el del capitán Sánchez y el de Gabriela Bompard.

Pasaban los minutos y allí no pasaba más que el tiempo. En la casa reinaba un gran silencio.

¿Qué estarían preparando?

De pronto oyóse en el pasillo un fru-fru de ropas femeninas, abrióse la puerta por donde Jerónimo había entrado y apareció en ella una... cosa que no tenía explicación.

Aquella cosa era una mujer vestida exactamente como iba vestida la Centurión la noche que Muledo la vió en el palco de la Opera, peinada lo mismo que ella, y hasta se diría que con el mismo pelo; pe-

ro cuyo rostro era una reproducción exacta del de la vieja que había abierto la puerta al visitante y le había introducido en aquella habitación.

Jerónimo tenía la desgracia de no creer en lo sobrenatural, de manera que no podía aceptar, para explicarse aquella... visión, ninguna interpretación ultratelúrica.

Ni había que ir tan lejos; todo lo vió claro en un momento: se trataba de una broma. La Centurión, de acuerdo con su criada, había vestido a ésta con sus ropas de gala y se la había mandado para que le distrajese un momento.

Como broma no era de las más ingeniosas, y como castigo a las insolencias de su carta era demasiado leve.

Pero no se trataba ni de lo uno ni de lo otro. Jerónimo Muledo empezó a notar que se iba quedando frío—frío de cuerpo y de alma—cuando oyó a aquella mujer que le hablaba así:

—Siéntese usted, señor Muledo; hace unos días me indicó el deseo de hacerme una visita, y ya ve como ha llegado la ocasión. Treinta y cinco años hace que no nos hemos visto. ¡Cómo pasa el tiempo! ¿Verdad? Parece mentira que seamos los mismos: yo la tiple que cantaba en el teatro Real de Madrid, y usted aquel peilo a quien su papá llevaba casi de la mano a felicitar me en mi camerino.

¡Aquella voz! Hay cosas muy difíciles, casi imposibles de imitar, y Maltedó estaba seguro, absolutamente seguro de que aquella voz era la misma que a él le había dado la mala contestación en el teatro de la Opera.

Pero al mismo tiempo, ¡y esto era lo terrible!, era la misma de la vieja que a él le había recibido las dos veces que había venido a la villa.

¿Qué lío era aquél? O, mejor dicho, ¿qué misterio había allí?

La dama gozaba con la visible turbación de su visitante. Este, como el individuo que se siente aprensado por una madeja de ligaduras, empezó a manotear para deshacer el enredo.

—Pero, ¿es que usted quiere hacerme creer que estoy hablando con Teodora Centurión?

—Claro que sí. Y hará usted mal en no creerlo. desde que vino a esta casa por primera vez, no ha hablado con otra persona.

—¿Quiere usted explicarme...?

—La mujer que acudió a la verja a recibir su recado, la otra tarde, era yo.

—¡No!

—Sí. Me halaga que usted lo dude, porque eso revela que sé disfrazarme muy bien cuando salgo a la calle, cuando me pongo la careta, como yo digo.

No olvide que estamos en Niza, la tierra del Carnaval.

—¿A qué careta alude usted?

—A la que me proporciona el masajista que viene a casa todos los días, y los productos de tocador que él me facilita, y que me cuestan bastante caros. No tienen, desde luego, las virtudes que él les atribuye, pues sus efectos apenas me duran tres o cuatro horas; después, las mejillas, estiradas de un modo violento, empiezan a encogerse poco a poco, estos surcos que usted ve ahora empiezan a despedir la crema con que mi masajista los encubre, y el brillo de mis ojos se amortigua un poco...

—Eso no: ahora brillan lo mismo que la otra noche en el teatro.

Y era verdad. De la ruina casi total del rostro de aquella mujer, que fué una de las más bellas de Europa, sólo se había salvado la maravilla de sus ojos, que tantas cosas habían visto.

—Por eso digo que se amortigua un poco nada más—dijo ella, que lo sabía.

—Tiene razón.

—Pero con esas tres o cuatro horas tengo bastante para que la gente me vea. Usted ha sido tan imprudente que ha querido quebrantar la consigna. ¿Cómo se le ocurrió, cuando yo estaba en una de esas horas en que yo vivo como si tuviera treinta

años menos, recordarme que me había conocido hace treinta y cinco? En cambio, si me lo dice usted aquí ahora, no me importa. Ya ve que yo misma se lo he recordado.

—Es verdad.

Jerónimo ya no podía dudar de que aquella era la verdadera Centurión. Le había convencido, más que las cosas que ella le estaba diciendo, la voz, el gesto, el conjunto inexplicable de toda su figura.

—Pero—añadió, para desenredar aún más la madeja—¿por qué el primer día que vine yo aquí se hizo usted pasar por su criada?

—¿No lo adivina? Pues eso es bien fácil. Al llegar usted yo estaba sola en la casa: mi doncella, la cocinera, todo el mundo había salido a la calle. Acudí yo a la llamada, y al ver que usted no me conocía quise seguir cultivando el equívoco. Póngase en mi caso, amigo Mutedo; ¿es que usted hubiera dicho: “la mujer a quien usted busca soy yo?” Era mejor dejar seguir el engaño.

—Tal vez, pero...

—¿Pero, qué?... No. Usted y cualquiera hubieran hecho lo mismo que yo hice.

—Es posible.

—Es seguro.

Hubo una pausa.

Una pausa es siempre una cosa peligrosa. Lo que

durante ella pensaron Muledo y la Centurión, es cosa que más vale ignorarla.

—Dígame—dijo él, por fin—, ¿qué pensó usted al recibir mi carta?

—¿Qué carta?

Jerónimo Muledo quedó desarmado ante esta pregunta tan sencilla: todo lo esperaba él menos eso; esa actitud de indiferencia absoluta, de menosprecio, por tanto, hacia lo que él estimó una ofensa magna.

—¿No ha recibido usted una carta mía?

Otra pausa. Por fin, dijo ella entre dos sonrisas:

—¿Usted la ha escrito?

—Claro que sí.

—Y... ¿la volvería a escribir?

—Esa es otra cuestión.

—Pues entonces no hablemos más de eso.

—Hablemos de lo que usted quiera.

—Yo sólo quisiera una cosa.

—¿Y es?

—No sé si le va a parecer bien.

—Empiece usted por decirla.

—Allá va: usted, en realidad, sólo tiene un recuerdo mío: el de los dos besos que le di, un poco precipitadamente, aquella noche memorable en que su padre le llevó por primera vez a mi cuarto del teatro Real.

—De aquello me acuerdo muy bien y me he acordado muchas veces en todos estos años, pero no es cierto que sea ese el único recuerdo que de usted he conservado.

—Pues, ¿cuál otro?

—El de su voz, el de su belleza, el de todo el encanto de su persona...

—Bueno, dejemos aparte los piropos. Ahora yo quisiera una cosa. Vamos, por un momento, a hacernos la cuenta de qué no han pasado estos treinta y cinco años, que estamos en la noche aquella en que usted y yo nos vimos por primera vez. La imaginación, con un esfuerzo, nos ayudará a ello.

—Por mí...

—Esta habitación es mi camerino del teatro Real; yo, en vez de llevar este traje, estoy vestida como para salir a escena; usted entra por esa puerta...

Jerónimo Muledo no sabía a punto fijo dónde quería ir a parar aquella mujer; presentía, eso sí, por instinto, que allí se avecindaba algo trágicamente muy desagradable.

—Usted entra por esa puerta, y... ¿no lo adivina?

—La verdad; no, señora.

—Yo me acerco a usted y le doy dos besos, uno en cada mejilla.

Multedo se echó a reír, pero, en contraste con su risa, fué ella la que se puso muy seria.

—¿Qué le parece?

—No está mal la evocación—dijo él, queriendo dar a la cosa un tono displicente.

Pero no le valió. Ella, que no estaba conforme en que aquello pasase por una broma, se puso de pie y vino hacia él, muy decidida.

—Supongo que no se negará usted a darme esa satisfacción.

Multedo temblaba ante la idea de que aquellos labios secos, de color de hoja muerta, se posasen en su rostro: si ello ocurría, parecíale a él que la huella de aquel beso casi funeral iba a quedar impresa en su epidermis para toda la vida.

Como venganza, no estaba mal lo ideado por la anciana. Porque indudablemente se trataba de una venganza; un modo más o menos elegante de sacarse la espina de lo de la carta.

No pudo entregarse a muchas reflexiones: ya el rostro de la Centurión estaba muy cerca del suyo, y él, viendo que la resistencia iba a ser muy difícil, se resignó con su suerte. Era la manera de pasar pronto el mal trago.

De pronto notó una cosa viscosa que se paseaba por su rostro: como si estando durmiendo la siesta a la sombra de un árbol frutal en una huerta, un

caracol se le encaramase hasta la altura de su cara. Cerró los ojos y procuró pensar en cosas heroicas y ultraterrenas: el asalto de una ciudadela, una corrida de toros en la Gran Vía, una subasta en el Monte de Piedad...

El beso que Teodora Centurión daba a su *novio*, al cabo de treinta y cinco años, era uno de esos que se ha dado en llamar de película, aunque hay que convenir que antes de la invención del cine ya se daban en la realidad: uno de esos ósculos que se prolongan al final de la cinta hasta que los espectadores se han levantado de su asiento y han recogido sus prendas en el guardarropa.

El caracol se trasladó de mejilla; el rito se cumplía en todas sus partes.

Por fin terminóse la ceremonia. La Centurión; de pie ante Muledo, le decía:

—Y ahora, despedámonos como buenos amigos. Probablemente no me volverá a ver nunca.

—¿Piensa usted morirse?

—No, señor; pero ya verá cómo no me vuelve a ver.

—Lo sentiré.

—Ah... tome usted. Hubiera sentido olvidar esto.

Sacó del pecho un papel y se lo entregó. Era la carta insultante que Muledo le había escrito.



—Muchas gracias, es usted un ángel, madame Centurión.

—Y usted un bilioso.

Pero esto último lo dijo sin acidez ninguna, como si le echase un piropo.

Jerónimo Muledo salió de aquella casa conmovido y casi arrepentido. De cuando en cuando se acariciaba las mejillas y notaba en ellas como la sensación espínosa de un cardo.

¡Pobre madame Centurión!

LA NOVELA MUNDIAL

DIRECTOR: J. GARCIA MERCADAL

Algunos de los números publicados.

BAROJA (PIO)

- 1. *La casa del crimen.*
- 31. *El horrendo crimen.*
- 60. *La dama de Urtubi.*
- 104. *El capitán Mala Sombra.*

BUENO (MANUEL)

- 5. *La dulce mentira.*
- 49. *Una historia de amor.*

CASTRO (CRISTOBAL DE)

- 6. *La inglesa y el trapense.*
- 43. *Clavelina.*
- 65. *La jaula de oro.*
- 91. *Los hombres de hierro.*

INSUA (ALBERTO)

- 27. *En el alegre Madrid de 1905.*
- 33. *La señorita y el obrero.*
- 46. *Mademoiselle Simone en Madrid.*
- 55. *La casa de los solteros.*
- 66. *El galán supersticioso.*
- 83. *El viejo y la virtud en el Atlántico.*
- 97. *Todo acabó bien.*
- 108. *Germana y su Joe.*

LOPEZ DE HARO (RAFAEL)

- 19. *¿Eres tú?*
- 35. *Se ignora cuál de las dos.*
- 51. *Cara a cara.*
- 64. *El hombre del sombrero gris.*
- 75. *Mi amigo el viajero.*
- 85. *Eva en el hotel.*
- 101. *Joaquinito.*

VALLE-INCLAN (RAMON DEL)

- 10. *El terno del difunto.*
- 24. *Ligazón.*

41. *Ecos de Asmodeo.*

72. *La hija del capitán.*

PEREZ DE AYALA (RAMON)

95. *Justicia.*

ZAMACOIS (EDUARDO)

- 98. *El marido no quiere.*
- 109. *Los ojos fríos.*

CAMBA (FRANCISCO)

- 62. *La garra invisible.*
- 74. *Piedra rodada.*
- 89. *Crimen de mujer.*
- 99. *Mar loba.*

CARRERE (EMILIO)

- 68. *Aventuras de Lázaro de Occia.*
- 77. *Amor de sacrificio.*

PEDRO (VALENTIN DE)

- 38. *El estigma de un beso.*
- 69. *El hijo del rey.*
- 84. *La mujer que había perdido a Dios.*

MARIN ALCALDE (ALFREDO)

- 44. *El precio de la dicha.*
- 86. *Una huella en la nieve.*

COLOMA (JESUS R.)

- 18. *Los hijos de la carroña.*
- 54. *Los linajes.*
- 71. *Se rifa un marido.*

LLAMPAYAS (JOSE)

- 56. *El oso del señor Gimson.*
- 79. *El violín de Emmy.*

LORENTE (JUAN JOSE)

- 28. *El uicraje.*
- 96. *Los vándalos del amor.*

Aparecerá el jueves 5 de julio de 1928, el número 121

ALBERTO INSUA

La amante vieja y el poeta

ESTAMPA

GRAN SEMANARIO GRAFICO Y LITERARIO
DE LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA Y MUNDIAL

LA IMAGEN DEL MOMENTO

EL COMENTARIO OPORTUNO

LA INFORMACIÓN INTERESANTE

LOS ESCRITORES PREFERIDOS

EDITADO EN

RIVADENEYRA (S. A.)

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

LEA USTED

HUMO, DOLOR, PLACER

La más hermosa, la más
interesante novela de

ALBERTO INSUA

Editada por Rivadeneyra. 320 páginas.
Admirable cubierta de Ribas. 5 pesetas.

*
* *

Del mismo autor,
reeditadas por Rivadeneyra:

UN ENEMIGO DEL MATRIMONIO.

LA MUJER QUE NECESITA AMAR.

LA MUJER QUE AGOTÓ EL AMOR.

EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA.

LA MUJER, EL TORERO Y EL TORO.

LAS FLECHAS DEL AMOR.



DOS
GRANDES
NOVELAS
DE
ALBERTO
INSUA



Pídalas en todas las librerías. Son, por su intensidad dramática, su interés novelesco y su penetración psicológica, dos obras maestras del famoso autor, de

EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA
« y LA MUJER, EL TORERO Y EL TORO »
« LA MUJER QUE NECESITA AMAR »
« y LA MUJER QUE AGOTO EL AMOR »

Acaban de ser lujosamente reeditadas
(40.000 ejemplares) por RIVADENEYRA

EJEMPLAR CINCO PESETAS

LA PANTALLA

SEMANARIO ESPAÑOL DE CINEMATOGRAFIA

La verdadera guía de la

cinematografía mundial.

Informaciones y noticias

:: :: de última hora :: ::

EDITADO EN

RIVADENEYRA (S. A.)

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID



GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

DE HUMORISMO

24^{as} páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ri-
bas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato^o
Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono.—Etc.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneira (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20. — MADRID

Lea usted

macaco

el periódico
de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 cts.

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL
DE OBRAS TEATRALES

Léala usted todos los sábados



Dará a conocer a sus
lectores todas las obras
que se estrenen con
éxito, inmediatamente
después de su estreno.

Colaboración de los más
insignes comediógrafos
españoles.

Ilustraciones de los más
distinguidos artistas.

Cubiertas en colores.

Magnífica presentación.

Pídala en todos los puestos de periódicos.

50 CENTIMOS

ADMINISTRACION: RIVADENEYRA, S. A.

Paseo de San Vicente, 20. - MADRID